

Prólogo a la primera edición

Para no salir del idioma castellano, podríamos aventurar que todos los clásicos “nos hablan”, pero también que las raíces geográficas y culturales propias, permiten que “seamos hablados” por unos con mayor cercanía que por otros.

Viene a cuento lo anterior porque, empezando por el título, este libro de Rafael Flores Montenegro, que lo revela como poeta, tras una obra narrativa ya granada, no puede por menos que inscribirse en un sector de la tradición: el de la poesía argentina contemporánea que inauguraría, por ejemplo, un Leopoldo Lugones. No es casual la cita del maestro del modernismo austral, ya que Rafael, aunque no tenga mucho que ver con él, nació en su mismo pago, una tierra de dilatados horizontes, seca, salitrosa y de arisca vegetación bajo cielos inmensos que, por curioso contraste, proporciona a la *peculiaridad lingüística* del centro de Argentina y a su elocución literaria esa evidente dulzura que se vence las más de las veces al lado de una melancolía sutil y asordinada. En mis andanzas por esós precisos paisajes, no he podido menos de interrogarme por la causa de que un medio así de arduo, no haya dado paso a un idioma o un folclore

más cortantes, más esteparios, al modo del castellano y la música popular de Castilla. Mas elucubrar en esa dirección nos llevaría por completo fuera de nuestro asunto.

La caracola del título, que en el oído del autor, y por con siguiente en los nuestros, suena, es pues mediterránea (que es como en la Argentina se llama, con justeza etimológica, a las tierras del interior); pero, azares del destino, nada complaciente, lo puedo asegurar, en el caso de nuestro escritor, inscribieron en las circunvoluciones de aquella, y por lo tanto en su timbre final, ecos que yo veo, más que específicamente porteños o madrileños, propios de la existencia incierta en cualquier metrópolis contemporánea.

Y es que, si un argentino, desarraigado por definición, sufre ese desarraigo al cuadrado que conlleva todo exilio más o menos aceptado, su escritura, si va unida, como es el caso, a cierto pudor irónico que no es más que sensibilidad y ternura no atinando a decir su nombre, puede llegar a conseguir, en el caso de que la gracia literaria le acompañe, rasgueos inolvidables, que hemos percibido y apreciado tantas veces en los versos de un Santoro, un Gelman o un Cortázar, poetas que sí tienen a mi juicio que ver con Flores Montenegro.

El nomadismo, que no es raro que vaya aliado a todo desarraigo, tiene en estos poemas sus correspondencias líricas en los fugaces amores, parcela

siempre privilegiada de la experiencia, tan delicadamente sugeridos aquí por esos textos en que el encuentro erótico se halla ya signado por la melancolía de la pérdida presentida o en aquellos en que se evoca a la amada ausente en sus gestos más secretos. Pero también en las epifanías, muy ajustadas en su impresionismo con frecuencia transcendido, de los lugares heráldicos de la geografía y la cultura europeas, Venecia o Creta, que a todo ultramarino le han provocado, desde Pound a Cummings o Vallejo, sentimientos y reflexiones tan encontrados. Traer a colación al gran poeta peruano nos permite, de paso, apuntar a determinados modos de este que aparecen en la poesía de Flores Montenegro. No andan muy lejos de los "Aguedita, Nativa, Miguel..." de Vallejo, esos niños que llaman a la nieve "nubes que bajaron" del poema "Exiliados" y algunos otros momentos que conjuran con ese patetismo de lo que se sabe alejado para siempre determinadas nostalgias de una vida que encontraba amparo en lo abrigado y familiar, y hasta en lo tribal, de las pequeñas y recientes comunidades (¡quién lo diría con este tráfago!) de que uno procede.

Por último, no podían faltar y no faltan en este precioso poemario reflexiones tras los trágicos avatares políticos en la memoria de todos vividos en carne propia, en que la seca autocrítica que correspondería al discurso teórico, se transfigura por obra y gracia de cierta mirada, donde compasión y zumba componen

una feliz mixtura, un visto y no visto o retablo de las maravillas, que no son sino formas de nombrar la ambigüedad, marca en último extremo de todo discurso que se quiera poéticamente convincente.

Antonio Martínez Sarrión

*Cuando era pequeño tenía una
caracola que en mi provincia
mediterránea llamábamos caracol.*

*En su diminuta caverna buscaba
murmullos, ecos diferentes a
los sonidos familiares, aventuras en
mares ignotos.*